Sostener

Selene Maraña
Nacida en Honduras en 1998
Adoptada en 2007, en Gipuzkoa

Fui adoptada a los ocho años. Antes de llegar a mi familia definitiva pasé por una familia de acogida y, más tarde, vine al País Vasco con mi madre adoptiva, Begoña, una mujer monomarental que decidió asumir una maternidad que no era sencilla ni ideal. La adopción no fue una salvación ni un cuento amable: fue un proceso lleno de ajustes, preguntas y aprendizajes mutuos. Yo no llegué como una hoja en blanco, y ella no era una heroína. Éramos dos personas intentando construir un vínculo posible.

Begoña me ofreció algo fundamental: presencia. A veces con aciertos, a veces con errores, como cualquier madre. Pero estuvo. Y eso, con el tiempo, fue suficiente para que yo pudiera crecer, equivocarme y, más adelante, convertirme en madre desde un lugar consciente.

Desde muy pequeña tuve un instinto maternal muy despierto. Siempre me han gustado los niños y siempre he sabido cuidarlos. Mirando atrás, creo que ese deseo de proteger y acompañar también tenía que ver con mi propia historia: con la necesidad de ofrecer a otros aquello que yo había necesitado.

Begoña me ofreció algo fundamental: presencia. A veces con aciertos, a veces con errores, como cualquier madre

Con 18 años me quedé embarazada por primera vez. Mi pareja no estaba preparada y yo no contaba con el apoyo de mi madre ni de nadie más. Decidí abortar. Fue una experiencia dura, silenciosa, que dejó una huella profunda en mí. No la viví como un error, pero sí como una pérdida. Aquello me confirmó algo que ya intuía: la maternidad era una parte esencial de mi identidad.

Un año después volví a quedar embarazada. El 4 de abril de 2018 es una fecha que guardo con especial emoción. Al salir de aquella consulta entendí que ser madre no iba a ser fácil, pero sí inevitable para mí. En esta ocasión mi pareja me apoyó, y aunque a Begoña le costó al principio –yo era muy joven–, volvió a estar ahí, desde su manera, desde sus dudas y su aprendizaje como madre adoptiva que también veía a su hija convertirse en madre.

Mi primer embarazo fue un tiempo de fortaleza. Me sentía conectada con mi cuerpo y conmigo misma. Me preparé mucho para el parto, con el deseo de que fuera natural, sin miedo. Y así fue. El 4 de diciembre, a las 9:36 de la mañana, parí sin epidural. Conocí entonces a Nasya, mi primera hija. Ese día entendí que el vínculo no nace de la biología, sino de la presencia, del cuidado y del compromiso. Algo que, sin saberlo, ya había aprendido en mi propia adopción.

Mi segundo embarazo llegó en 2020, sin buscarlo y en un momento vital más complejo. Fue un embarazo difícil, tanto física como emocionalmente. Hubo dudas, miedos y un episodio que me marcó profundamente: un sangrado abundante que me hizo pensar que estaba perdiendo al bebé. En ese instante tomé una decisión interna muy clara: proteger a esa criatura, pasara lo que pasara alrededor.

Capas

El parto también fue distinto. Inducción, miedo, soledad, una experiencia hospitalaria dura y poco acompañada. Finalmente, tras pedir la epidural, todo se precipitó. A las 18:08 conocí a Asher, mi hijo. Poco después fue ingresado en neonatos por una ictericia grave. Aquella vivencia removió muchas capas de mi historia: la fragilidad del vínculo, el miedo a la pérdida, la espera. Un mes después, por fin, pudimos volver a casa.

Hoy, Nasya es una niña responsable, tímida e inteligente. Asher es un niño cariñoso, inquieto y tierno. Yo soy una mujer adoptada que ha construido su maternidad desde la conciencia, sin rencor hacia mis padres

biológicos y con un profundo agradecimiento hacia lo que mi historia me enseñó, incluso desde el dolor.

Mi madre Begoña me mostró, con sus límites y su constancia, que maternar no es rescatar, sino sostener. Y quizás por eso hoy puedo decir que mi maternidad no borra mi adopción, sino que la continúa. En estos 25 años de Ume Alaia, mi historia es solo una más entre muchas, pero todas comparten algo esencial: la certeza de que el cuidado, cuando es real, transforma sin prometer milagros.

